

UNA GRAVE 'CUESTION PREVIA' ANTES DE HABLAR DE CANDIDATURAS EL MUNDO, editorial, 21.04.08

El silencio sepulcral con que el PP recibió ayer la inaudita invitación de Rajoy a Esperanza Aguirre a dejar el partido si pretende seguir defendiendo sus postulados liberales indica a qué niveles ha llegado la atrofia democrática en el principal partido de la oposición. Ese mutismo revela también cómo la falta de práctica en el debate interno y la sumisión al aparato han impedido que haya habido alguien que, al margen de las preferencias que sienta por un líder u otro, saliera ayer a decir lo obvio: que no es así como se zanja las divergencias ni los debates y que no es enseñando la puerta al discrepante como se resuelven estas cosas en los partidos democráticos. Uno de los pocos que se pronunció, el diputado valenciano Esteban González Pons, lo hizo para arropar a Rajoy, pero con argumentos opuestos a los que el presidente exhibió el sábado. Pons recordó que el PP se ha renovado siempre por adición, que ha sido un «partido de la suma» y que ha venido representando un «conjunto plural pero solidario».

En todo caso, si ninguno de los barones se ha atrevido a defender la democracia interna y el derecho a disentir, ¿cómo se puede esperar que haya 600 compromisarios -que son los que necesita reunir cualquier candidatura a presidir el PP- dispuestos a renunciar al carácter secreto de su voto y firmar su adhesión a una dirigente a la que se le ha enseñado la puerta de salida? Si a una personalidad como la presidenta de la Comunidad de Madrid, con los apoyos políticos y sociales que tiene, se la trata como lo ha hecho Rajoy, ¿cómo no va a sentirse coartado y condicionado un compromisario de cualquier agrupación que a lo que aspira es a estar en una lista electoral o a ocupar un cargo en el partido?

En ese ambiente de déficit democrático encaja perfectamente la voluntad de dejar las cosas atadas, por increíble que parezca, a cuatro años vista, sin tener ni siquiera en cuenta que según los estatutos el congreso debe celebrarse cada tres. No sorprende, así, que la portavoz parlamentaria del PP, Soraya Sáenz de Santamaría -sensata y certera en otras apreciaciones-, asuma con naturalidad que quien salga elegido en el congreso de Valencia «tiene que ser y será el cartel electoral en 2012», tal y como afirma hoy en las páginas de EL MUNDO.

Fue Rajoy quien dijo que quería ser como Sarkozy o Angela Merkel. Pues bien, ambos son ejemplos de líderes pujantes que se presentaron en su día como alternativa a sus antecesores. Lamentablemente, el PP es el único gran partido occidental que en los últimos 20 años ha visto como sus líderes eran elegidos por el dedazo de su antecesor y no en congresos abiertos, o en primarias o por los grupos parlamentarios.

En estas circunstancias es muy difícil que haya compromisarios dispuestos a retratarse públicamente a favor de otro líder que no sea el que controla el aparato. Es un sarcasmo que Rajoy invite a que se presenten otros candidatos al mismo tiempo que ejerce como juez y parte y, lejos de permanecer neutral, se dedica a dar patadas en las espinillas del posible rival desde el primer minuto.

Por eso, antes de seguir discutiendo si se presenta una alternativa, el PP debería parar el reloj y resolver una cuestión previa: la de si existen o no garantías de juego limpio para quien decida dar ese paso. Para ello, lo primero que tendría que hacer Rajoy es retirar sus desafortunadas palabras pronunciadas en Elche, aclarar si va a seguir aprovechando

actos del partido convocados para plantear reivindicaciones al Gobierno como plataforma contra posibles rivales y dar garantías a los compromisarios de que no habrá represalias contra ellos sean cuales sean sus opciones. No por casualidad, un eurodiputado del PP escribía días atrás «ojalá no me pase nada», tras plantear una crítica serena a algunas de las posiciones oficiales. Hasta que toda esa cuestión previa no quede zanjada, en el PP no se darán las condiciones para que alguien presente una candidatura alternativa.